

- ¿Yo? ¿por qué he de tener razones para ocultarme?
- Eso á mi no me concierne. En cuanto me pagan, ni veo, ni oigo, ni conozco. Á las once en el sitio convenido.
- Trataré de no haceros esperar.
- Hacedme esperar lo que queráis. No me disgusta. Me habéis tomado por horas; si queréis os llevaré así hasta el valle de Josafat, y seréis probablemente el único que vaya al juicio final en fiacre.

Y alegre y satisfecho con el chiste, Bernabé se entró riendo en la taberna, en tanto que, enjugándose el sudor que le caía de la frente, Mr. Gerard emprendió de nuevo el camino del castillo.

CAPÍTULO X.

UN OBJETO DIFÍCIL DE COLOCAR.

Mr. Gerard halló la puerta entreabierta y la azada apoyada en la pared.

Cerró la puerta con llave y guardó ésta en el bolsillo.

De pronto se asustó y se paró, con los ojos fijos en las ventanas del castillo.

Una de estas ventanas estaba iluminada.

Un estremecimiento de terror hizo temblar á aquel miserable de la cabeza á los pies.

De pronto recordó las dos bujías que había dejado encendidas.

Sólo que comprendió que había cometido una imprudencia.

Aquella luz que él había visto, otros podían verla también: se sabía que el castillo estaba deshabitado y esta luz podía dar lugar á muchas conjeturas.

Marchó, pues, con paso precipitado hacia el castillo, apartando siempre la vista del estanque; subió rápidamente el vestibulo y saltó sobre los escalones de la escalera.

Entró en el cuarto, apagó una bujía y ya se disponía á apagar la otra, cuando pensó que tenía que atravesar el corredor y bajar la escalera sin luz.

¡Ah! no había pensado en ello antes, preocupado como estaba con su miedo.

Pasado el miedo material volvió el miedo ideal.

¿Qué podía Mr. Gerard temer en los corredores y en la escalera de una casa desierta?

Lo que temen por poca semejanza que haya entre ellos el niño y el asesino: los fantasmas.

En la obscuridad, Mr. Gerard temía el oír andar detrás de él sin saber quién era, quién andaba.

Temía el que le tirasen del gabán sin saber quién tiraba.

Temía al dar la vuelta al corredor encontrarse frente á frente de algún espectro: espectro de niño ó espectro de mujer.

¿No había habido dos asesinatos y acaso tres en aquella casa maldita?

He aquí por qué Mr. Gerard había conservado la bujía encendida.

Podía salir por dos puertas: la del vestibulo y la del granero.

Llegado al vestibulo dudó.

Enfrente de esta puerta estaba el estanque, el terrible estanque.

Antes de llegar á la puerta del granero tenía que atravesar la habitación en que había sido ahogada Úrsula.

Mr. Gerard recordaba las manchas de sangre de los ladrillos.

Prefirió, sin embargo, salir por el granero. Esta sangre que allí había, nada tenía él que ver con ella.

Llevaba la luz en la mano : cogió con la otra la azada, bajó la escalera, atravesó la cocina, dudó un momento antes de atravesar la puerta del granero, y movió la cabeza para hacer caer el sudor que humedecía su frente, pues con las manos no podía quitársele por tenerlas ocupadas.

Por fin empujó la puerta con el pie : el viento se lanzó por la entreabierta puerta y apagó la bujía.

Quedóse á oscuras, prisionero en cierto modo en aquellas tinieblas.

Lanzó un grito al apagarse la llama : después tembló y calló.

Tenia miedo de que el sonido de su voz despertara á los muertos.

Era preciso que atravesara el granero ó que volviese atrás.

¡ Volver atrás ! ¿ Y si le seguía el espectro de Úrsula ?

Prefirió continuar su camino.

Lo que pasó en aquella alma, más agitada que la hoja en el árbol, durante los cinco segundos que el asesino tardó en atravesar la sombría habitación, sería imposible de describir.

Por fin llegó á la leñera.

Allí se creyó ya casi salvado. Pero la puerta que daba al parque estaba cerrada : la llave no estaba puesta en la cerradura : el cerrojo estaba enmohecido y no corría, y aun resistió á la primera sacudida.

Casi le faltaron las fuerzas al miserable.

Parecía que no podía volver á atravesar el granero sin morir de terror.

Reunió todas sus fuerzas.

La cerradura cedió : la puerta fué abierta.

El viento fresco de la noche azotó su cara húmeda, y heló el sudor en su rostro.

Pero esta impresión le pareció infinitamente agradable después de la angustiada atmósfera que había respirado en el subterráneo.

Respiraba por fin el aire de la noche.

Sus pulmones se dilataron.

Abrió los labios para dar gracias á Dios.

Pero no se atrevió á hacerlo.

Si había Dios, ¿ cómo él estaba libre y preso Mr. Sarranti ?

Verdad es que probablemente Mr. Sarranti dormiría ese sueño tranquilo que da fuerzas al justo para subir al cadalso, en tanto que él velaba, con el remordimiento y el terror en el alma, temblonas las rodillas, temblándole las manos, la frente goteando de sudor.

¿ Y qué objeto tan terrible velaba ? ¿ Cuál era la obra que iba á ejecutar ?

Érale preciso exhumar y ocultar los huesos de su víctima.

¿ Tendría valor para ello ?

¿ Tendría fuerza suficiente para llevarlo á cabo ?

Iba á probarlo cuando menos.

Atravesó con paso rápido y casi firme todo el espacio que se hallaba descubierto é iluminado desde el castillo al parque.

Pero cuando se halló bajo la sombra de los árboles,

cuando la misteriosa y murmuradora obscuridad del bosque se extendió por derecha é izquierda, la mano helada del terror le agarró por los cabellos.

Se hallaba además en la calle de árboles que guiaba al punto donde estaba enterrado el cadáver.

Comenzaba á ver la gran encina, á divisar el banco.

Por más que la angustia le tiraba hacia atrás, preciso le era el ir hacia adelante.

Iba fatalmente arrastrado como va el paciente á quien se obliga á ir al cadalso.

Hubo un momento en que se preguntó si el cadalso no era preferible á lo que iba á hacer.

Hubiera bendecido el golpe que le hubiese herido, sin esperar lo él, y que le hubiera dejado muerto en el acto.

Pero la agonía de un juicio; el calabozo, horrible y frío vestibulo del sepulcro; el verdugo y su sombrío traje; el cadalso pintado de encarnado, cuyos dos buzos se ven desde lejos largos y descarnados; los escalones que es preciso subir sostenido por los criados de la guillotina cuando faltan las fuerzas; la báscula que se levanta, el hierro triangular que se desliza por la doble ranura; hé aquí lo que hace la muerte cruel, fea, repugnante, imposible.

Hé aquí lo que hacía que á los ojos del asesino valiera más desenterrar el cadáver y morir de terror al desenterrarlo tal vez, que no morir como habían muerto los Castaing y los Papavoine.

Entró resueltamente en la espesura y se puso á cavar.

Primero era preciso buscar el agujero exacto.

Se arrodilló y tocó con la mano.

Un frío mortal circuló por sus venas, no á causa de lo que hacía, que era bien terrible sin embargo, sino porque otra cosa más terrible aún le impresionaba.

Parecía que en aquel sitio tan conocido de él, había sido removida la tierra hacia poco tiempo.

¿Llegaría demasiado tarde?

Un temor dió lugar á otro.

Con el frenesí del espanto metió la mano en aquella tierra removida y lanzó un grito de alegría.

El esqueleto estaba allí.

Había tocado aquella suave y sedosa cabellera de niño que tanto había espantado á Salvador.

Á él le tranquilizaba.

Se puso á cavar.

Apartemos la vista de este odioso trabajo.

Respiremos el aire puro.

Miremos las estrellas del cielo, polvo de oro que brota de las plantas de Dios.

Escuchemos si en esa serena noche no descienden hasta nosotros á través de los inconmensurables espacios del éter, algunas notas del cántico celeste que entonan los ángeles adorando al Señor.

Tiempo tendremos de volver los ojos á la tierra cuando el hombre maldito salga pálido y temblando de la espesura, con la azada en una mano y en la otra cierta cosa informe envuelta en la capa.

Pero ¿qué es lo que busca con ojos extraviados?

Busca un sitio seguro para confiarle el fúnebre depósito que acaba de sacar, del que ya no lo era.

Mr. Gerard anduvo sin pararse hasta la otra extremidad del parque; dejó la capa en el suelo y empezó á cavar.

Pero al tercero ó cuarto azadonazo, movió la cabeza murmurando:

— ¡No, aquí no!

Y volvió á coger la capa ; anduvo otros cien pasos bajo los árboles, se detuvo segunda vez y dudó.

Luego moviendo la cabeza :

— Está muy cerca del otro... murmuró.

Por fin brotó una idea en su cerebro.

Por segunda vez recogió la capa y emprendió de nuevo su febril carrera.

Esta vez se dirigió al estanque : esta vez no tenía miedo de ver deslizarse un espectro sobre la superficie de las aguas.

El espectro lo llevaba él encerrado en su capa.

Llegado que fué á la orilla, puso el envoltorio en el césped y empezó á desatarlo...

Un aullido lúgubre y lejano se oyó en aquel momento.

Era el de algún perro de alguna quinta cercana.

— ¡ Oh ! no, no, dijo : tampoco aquí : un perro lo ha sacado ya una vez..... Luego si secara el estanque hallarian el esqueleto..... ¿ Pero qué hacer ? ¡ Dios mío, inspíradme !...

Esta súplica pareció subir al cielo como si no hubiera sido una blasfemia.

— Sí, sí, dijo el miserable : esto es.

Aquella osamenta, por bien oculta que estuviese en el parque de Viry, podia ser descubierta segunda vez como lo habia sido la primera.

Mr. Gerard se la llevaría consigo y la enterraria en su jardín de Vanves.

En Vanves más que en ningún otro lado era siempre el honrado Mr. Gerard.

Cogió la capa, dejó olvidada la azada y se dirigió rápidamente hacia la verja por el lado del puente Godeau.

Tenía la llave de aquella puerta y la abrió sin dificultad.

¡ Cosa extraña ! desde que llevaba el esqueleto en su capa, el terror de las cosas sobrenaturales habia desaparecido.

Es verdad que habia sucedido á aquel terror otro, y que el honrado Mr. Gerard nada habia perdido en el cambio.

Cerrada la verja, Mr. Gerard echó al campo y atravesó para llegar antes al camino real.

Rolando nos ha enseñado ya el camino que siguió.

Bernabé habia cumplido su palabra. Esperaba con su fiacre en el sitio convenido.

Hacia más que esperar, dormía en el pescante. Y tan profundamente dormía que sólo á la sacudida que dió Mr. Gerard al carruaje, al abrir la portezuela, se despertó.

— ¡ Eh ! ¿ sois vos, mi amo ?

— Yo soy, no tengáis cuidado.

— ¿ Queréis, dijo el cochero alargando la mano, que coloque aquí arriba ese envoltorio ?

Y Bernabé señalaba la capa de Mr. Gerard que contenía el esqueleto.

— No, no, exclamó Mr. Gerard asustado ; estas son plantas raras que deben ir preservadas del frio de la noche ; las llevaré aquí dentro.

— Como queráis, mi amo.

— Pues en marcha.

— ¿ Adónde ?

— Á Vanves, dijo Mr. Gerard.

— Pues á Vanves, dijo el cochero aguijando á los caballos.

Y el pesado carruaje se puso en movimiento.

Hé aquí por qué Salvador no habia encontrado bajo la gran encina, en medio de la espesura de árboles, el esqueleto que fuera á buscar allí en compañía de Mr. Jackal.

CAPÍTULO XI.

UN AFICIONADO Á LA PINTURA.

La afluencia de los aficionados que visitaban el taller de Petrus, unos por pura curiosidad, los otros con el deseo real de comprar, era tan grande, que materialmente había que esperar vez para poder entrar.

El siguiente domingo debía empezar la venta, es decir, á los tres días.

Estamos en jueves.

Hacia las once de la mañana, el taller presentaba el aspecto de una marea creciente; era el movimiento de las olas, siempre apresuradas, siempre elevándose más y más, el mismo ruido que el que ellas producen.

En la habitación contigua, por el contrario, todo era inmovilidad, soledad, silencio.

Hemos dicho soledad y debíamos haber dicho aislamiento, porque la soledad no era completa.

El cuarto estaba ocupado por Petrus.

Estaba sentado junto á la ventana y puesto de brazos sobre un velador, en el que había una carta abierta que sólo una vez había leído, pero de la que cada palabra había penetrado hasta su corazón.

Era fácil conocer que el joven estaba consternado.

De cuando en cuando apoyaba sus manos en sus oídos como para no oír el ruido de la vecina estancia.

De cuando en cuando también desprendíanse gruesas

lágrimas de sus ojos, que caían sobre la carta abierta y extendida sobre el velador.

¿Por qué Petrus, que á la voz de Salvador había tomado resueltamente su partido, por qué Petrus estaba más pálido, más indeciso que nunca?

Es que acababa de recibir una carta de Regina, y esta carta había roto como si fuera un cristal la resolución del joven.

Se recordará que en el momento de separarse de Regina, ésta le había hecho una dulce promesa para el siguiente día: le había prometido una carta.

Sólo que no había querido decirle lo que esta carta contendría.

Había querido, con delicadeza verdaderamente femenina, que un perfume de felicidad tanto más suave, cuanto que era desconocido, siguiese al que amaba.

Petrus había recibido esta carta y sobre ella era sobre quien sus ojos se fijaban; y sobre ella sobre quien sus lágrimas caían.

Y en efecto, vais á ver que prometía larga dicha y que se podía larga y tristemente llorar sobre semejante felicidad perdida.

Héla aquí:

« Mi querido y amado Van-Dick:

» Ayer al separarnos os prometí una nueva feliz; esta nueva es la siguiente:

» Dentro de un mes es el santo de mi padre y hemos decidido mi tía y yo que el regalo que en este día haríamos al mariscal sería el retrato de Abeja.

» Además, el conde Rappt ha sido encargado ayer por el gobierno de una misión para San Petersburgo, misión que debe retenerlo por allá unas seis semanas.

» Adivináis, ¿ no es verdad ?

» Una vez decidido que el regalo que haríamos al mariscal sería el retrato de su favorita, no fué difícil decidir que el pintor que haría este retrato sería Mr. Petrus Herbel de Courtenay.

» Ya sabéis que este último nombre tiene inmensa influencia sobre la marquesa de la Tournelle, que no puede menos de arrodillarse é inclinarse ante todas las coronas cerradas.

» Hé aquí ahora lo que os falta saber.

» Desde el próximo domingo, á mediodía, habrá sesión diariamente en el taller de Mr. Petrus Herbel de Courtenay.

» La pequeña Abeja será conducida á casa de su pintor regularmente por la marquesa de la Tournelle su tía, ó por la condesa Rapp, su hermana mayor.

» Habrá días en que la marquesa de la Tournelle no podrá acompañarla por su regimen higiénico ó por sus ocupaciones devotas.

» En semejantes días, la pequeña Abeja no tendrá más compañera y guardiana que su hermana Regina.

» La acompañará, pues, sólo su hermana Regina.

» Según la habilidad del pintor, el retrato quedará hecho en algunas sesiones, ó tardará un mes en hacerse.

» Con tal que esté parecido, nadie se quejará del tiempo que se invierta en hacerlo.

» Á fin de que no haya discusión sobre el precio, este se ha fijado de antemano en doscientos luises : sólo que, como Mr. Petrus Herbel de Courtenay será tal vez demasiado orgulloso para aceptarlos, se ha convenido en que esta suma se invertirá en limosnas, comprar juguetes y hacer á Rosa de Noel un traje color de cielo semejante al que tanto deseaba la pobre Peau-d'Ane.

» Así que, mi querido y amado Van-Dick, el domingo á mediodía esperad á la pequeña Abeja, á la marquesa de la Tournelle y á vuestra siempre amante

» REGINA, condesa... DE BRIGNOLE. »

Esta carta es la que, á pesar de la buena noticia, justamente por la misma buena noticia que contenía, causaba la desesperación y el dolor de Petrus.

El domingo á mediodía, Regina vendría con su tía y su hermana : ¿ y qué hallarian allí aquellas tres mujeres ?

El encargado de vender en pública subasta los muebles y enseres de Petrus.

¡ Y Petrus nada había dicho !

¿ Cómo soportar la vergüenza que esto le causaría ?

Por un momento tuvo idea de fugarse, de desterrarse, de no volver á ver á Regina.

Pero no volver á verla, era renunciar á la vida ; era más que esto : era la muerte del corazón.

Un momento, Petrus sintió, no el haber salvado á su padre de la ruina que le amenazaba, porque este mal pensamiento ni aun se le ocurrió siquiera, sino el no haber aceptado las ofertas de Juan Robert.

Petrus, en efecto, con sólo trabajar ardentemente como trabajaba antes, podía devolver en breve á Juan Robert el dinero que éste le hubiera prestado.

Su reposo momentáneo, su lujo, sus caballos, su carruaje, comercialmente hablando, habían producido excelente efecto : se había creído que había heredado á algún tío desconocido ; que ya no necesitaba dinero, y desde este momento sus cuadros habían doblado de precio.

Sólo que, entregado completamente á su amor, Petrus no pintaba ya cuadro alguno.

Pero si encontrase solamente quien le prestase una suma de diez mil francos, pintaría y en tres meses devolvería la suma, fuese el que quisiese el interés á que se la hubieran prestado.

— ¡ Por qué no pediría á Salvador esta suma ?

No : el rostro severo de Salvador no permitía, mejor dicho, impedía el que le hiciera esta petición.

Además, la voz de Salvador, semejante á un eco inexorablemente leal, le había contestado :

— ¡ Trabaja !

Petrus movió la cabeza, y como si respondiese á su propio pensamiento exclamó :

— ¡ No ! no ; cualquier cosa antes que dirigirme á Salvador.

Pero al mismo tiempo dijo : -

— Pero también, todo antes que perder á Regina.

En aquel momento un nuevo aficionado entraba en el taller de Petrus.

Como este nuevo visitante está destinado á representar un gran papel en las escenas sucesivas, nuestros lectores nos permitirán que dejemos á Petrus entregado á sus sombríos pensamientos, para dirigir una rápida ojeada sobre el recién venido.

Era este un hombre de cuarenta y ocho á cincuenta años, bastante alto, espalda cuadrada, robusto cuello y ancho pecho.

Su cabeza estaba cubierta de un bosque de cabellos rojos entrecanos, rizados y crespos : sus cejas, negras como el azabache, contraste extraño con su pelo, eran expesas y duras, y parecían estar formadas de cerdas tiesas y punzantes como agujas.

Los bigotes, que llevaba retorcidos, eran también de un rubio que tiraba á rojo, mezclados con algunos pelos grises y blancos que no permitían á primera vista indicar francamente su color.

En suma, el rostro de este desconocido indicaba franqueza, rudeza tal vez, pero no malignidad : por el contrario, la sonrisa que constantemente vagaba por sus labios, denunciaba cierta jovial brusquedad, cierta especie de carácter rudo y áspero en la apariencia, pero dulce y bueno en el fondo.

Á la primera vez que se le veía, rechazaba : á la segunda, se le alargaba la mano, pues había cierta especie de simpatía en la expresión alegre de su rostro.

Hemos dicho la edad que parecía tener : esta edad era aún más marcada por la doble y profunda arruga que se marcaba en su frente á manera de acento circunflejo sobre su nariz.

En cuanto á la profesión del personaje, fácil era determinarla, pues daba no pocos indicios de ella.

En primer lugar, su modo de andar denunciaba ser marino por esa dejadez particular y propia de los que han viajado mucho por mar, y que sobre el elemento sólido conservan cierta separación de piernas, con ayuda de la cual los hijos de Neptuno, como diría un miembro de la Academia francesa, tienen costumbre de luchar contra el balance y los vaivenes del buque.

Á falta de estas señales, la investigación de un curioso hubiera podido guiarse por otra señal no menos significativa.

El desconocido llevaba en las orejas á modo de pendientes dos pequeñas áncoras de oro.

Su traje era bastante bueno pero no de muy buen gusto.

Consistía en un frac azul con botones dorados desmesuradamente abierto para dejar ver un chaleco de terciopelo, sobre el cual serpenteaba una enorme cadena de oro.

El resto del cuerpo iba cubierto con un anco pantalón de pliegues que se estrechaba junto á la bota, y el cual era conocido en esta época con el nombre de pantalón á lo cosaco. Las botas, por el contrario del pantalón, ensanchábanse para dibujar el contorno de un pie que la naturaleza en su maternal previsión había evidentemente formado para sostener en equilibrio á su propietario en medio de los fantásticos movimientos del imitado Océano.

En la otra extremidad del cuerpo aparecía su cara sobre una corbata blanca y entre un alto cuello como hubiera podido aparecer un ramillete de amapolas metido en un cucurucho de papel blanco.

Digamos además que nuestro hombre llevaba atado al cuello, con uno de esos nudos llamados á la marinera, un pañuelo de cuadros encarnados y verdes, y que un sombrero de fieltro de anchas alas y pelo largo completaba su traje.

Ostentaba también en la mano un enorme rotén, cogido por él sin duda en las Indias Orientales ú Occidentales, que en ambas crece y brota este interesante vegetal, y que en honor de alguna memoria que le recordaba esta caña la había hecho adornar con un puño de oro proporcionado á su talla gigantesca.

¿ Qué podía llevar á una almoneda de cuadros á este singular personaje ? Si Petrus hubiese sido un pintor de marinas, la visita de algún marino rico, retirado, que hubiera querido adquirir una galería marítima, nada hubiera tenido de particular ni de sorprendente. Pero un marino en el taller de un pintor de historia, y de un pintor de género,

daba materia para pensar un poco y aun para admirarse. Así que, la llegada del marino al taller llamó la atención de los que le estaban visitando, concentrado hasta entonces en los cuadros, y la mayor parte de los que allí estaban abandonaron su examen para volverse hacia el recién venido.

Este, sin desconcertarse, se paró en medio del taller, dirigió una mirada investigadora á su alrededor, sacó un estuche y de éste unas enormes gafas de oro, las cuales colocó sobre su nariz y se encaminó recto á un cuadro de Chardin, que desde el momento en que lo descubrió, parecía haber llamado particularmente su atención.

Este cuadro representaba una mujer lavando unas verduras que va á poner en un puchero : el fuego, el puchero y las legumbres estaban pintadas con tal verdad, que el marino al ver el puchero, cuya cobertera estaba colocada junto al hornillo, exclamó en alta voz, acercando su nariz al lienzo y aspirando con fuerza :

— ¡ Hum !... ¡ esto huele !

Después haciendo chascar su lengua :

— ¡ Parece, continuó, que está uno saboreando el caldo !

Luego alzando la mano izquierda con un movimiento que denotaba la más completa admiración :

— ¡ Magnífico ! exclamó : ¡ magnífico ! ¡ soberbio ! ¡ excelente !...

Algunos de los curiosos que compartían la opinión del recién venido sobre aquel cuadro de Chardin, se acercaron á él, en tanto que los que no pensaban lo mismo se alejaban.

Después de haber examinado detenida y minuciosamente el cuadro, alzando y bajando sus anteojos, se separó de él,

aunque con profundo pesar, al distinguir una de las primeras marinas de Gudín.

— ¡ Oh ! ; oh ! dijo ; esto es agua, veámosla un poco más de cerca.

Y en efecto, se acercó hasta tocar el cuadro con la punta de la nariz.

— ¡ Mil cañones ! ; esto sí que es agua y agua salada ! ¡ Oh ! ; pero de quien es este cuadro ?

— De un joven, caballero, de un joven, dijo un viejo aficionado, saboreando un polvo delante de la marina que llamaba la atención del personaje recién venido.

— ¿ Gudín ? replicó el marino : ¿ Gudín ? En efecto : había oído nombrarle en América : pero es la primera vez que he visto un lienzo suyo. Por más joven que sea, caballero, á mi entender el que ha pintado esta barca y estas olas, es un verdadero maestro. No estoy tan satisfecho de los marineros que la tripulan, pero no se puede ser perfecto en todo. Veamos, veamos.

Y el marino se puso á examinar más de cerca.

— ¿ Y qué decís de ese brick que se ve á lo lejos en el fondo ?

— Digo, caballero, que es una corbeta y no un brick, que corre con el viento, babor y amuras, largadas la mayor, la mesana y gavias que es bastante modesto por cierto. Con semejante brisa hubiera podido izar también los juanetes y sobre-juanetes. Yo en caso semejante he tenido siempre costumbre de mandar :

— ¡ Largad todo el trapo !

Y siguiendo la costumbre que había dicho y que conservaba todavía el marino, pronunció en alta voz aquellas palabras de mando.

Todo el mundo se volvió.

Algunos aficionados continuaron sus investigaciones particulares ; pero la mayor parte de los oyentes siguió á nuestro héroe, y para servirnos de una expresión técnica, tomada de la profesión á que pertenecía, diremos que marchó en conserva con él.

El desconocido, como se ve, no había hablado para sordos.

Así que, el aficionado que ya había conversado con él, cogiendo sus palabras al vuelo, exclamó :

— ¿ Según eso, caballero, sois marino ?

— He tenido ese honor, respondió el recién llegado.

— ¿ Habéis mandado algún buque mercante... algún brick ó corbeta ?

— He mandado una corbeta.

Y como si no deseara llevar más lejos la conversación en materia náutica al menos, el marino abandonó las olas, la barca y la corbeta de Gudín para ocuparse de un Boucher.

Pero el aficionado, deseando saber sin duda lo que un hombre tan inteligente en artes pensaba del pintor ordinario de Mad. Dubarry, no le abandonó en la curva que describía.

Como un astro arrastra en pos de sí á un satélite, todos los oyentes del marino le siguieron.

— En cuanto á éste, aunque no está firmado, dijo mirando el cuadro del sucesor de Carlos Wanloo, no hay necesidad de preguntar de quién es ; es el *Tocador de Venus*, de Boucher,

El pintor por un sentimiento de adulación ha puesto á Venus las facciones de la desdichada cortesana que en esta época deshonoraba la monarquía francesa. Mala pintura, mal pintor. No me gusta Boucher : ¿ y á vosotros, señores ?

Y sin esperar que le contestasen á la pregunta que acababa de hacer, prosiguió en alta voz:

— Es un colorista estimable, lo sé, pero es un pintor pretencioso y amanerado como los personajes de su tiempo. Mala época, mezquina imitación del renacimiento. No es ni las carnes de Rubens, ni la valentía y severidad del Ticiano.

Luego volviéndose á los oyentes:

— Hé aquí precisamente, señores, dijo, por qué me gusta Chardin. Es el único verdaderamente fuerte, porque es verdaderamente sencillo en medio de la afectación de su siglo. La sencillez, la naturalidad, señores: siempre por más vueltas que se le dé, tendremos que venir á parar á esto.

Nadie refutó la verdad de este axioma.

Hay más; el aficionado que ya había hablado con el marino, miró á su alrededor como para pedir la palabra, y viendo que todos callaban:

— Tenéis razón, caballero, dijo; tenéis mucha razón.

El aficionado comenzaba á aficionarse singularmente á aquel marino brusco, pero franco; brutal, pero filósofo.

— Si vivo lo bastante, continuó el marino con melancólico acento, para realizar mi sueño, moriré siendo el más feliz de los hombres, porque habré unido mi nombre á una gran obra.

— ¿Será indiscreción, caballero, el desear conocer ese sueño?

— Nada de eso, caballero, respondió el capitán. Quiero fundar una escuela gratuita de dibujo, escuela en que los maestros no tendrán más misión que enseñar la sencillez en el arte.

— ¡Gran idea, caballero!

— ¿No es así?

— Grande, inmensa, sublime, filantrópica. ¿Vivís en la capital?

— No, pero espero fijarme aquí, porque me canso ya de dar vueltas al mundo.

— ¡Ha dado Vd. la vuelta al mundo! exclamó el aficionado.

— Seis veces, caballero, respondió sencillamente el capitán.

El aficionado retrocedió un paso.

— Pero eso es más que lo que hizo Mr. de la Peyrouse.

— Mr. de la Peyrouse hizo el viaje dos veces, respondió con la misma sencillez.

— Tal vez hablo á un ilustre marino, replicó el aficionado.

— ¡Phs!...

— ¿Tenéis la bondad de decirme vuestro nombre?

— Me llamo Lázaro Pedro Berthaut, ó por otro nombre Monte-Haubán.

— ¿Seréis pariente del famoso Berthaut de Monte-Haubán, sobrino de Carlomagno?

— ¿Renaud de Monte Haubán, queréis decir?

— Renaud ó Berthaut, viene á ser lo mismo.

— Sí, se confunde fácilmente uno con otro. No creo tener el honor de ser pariente de ese caballero, á menos de que no sea por las mujeres; pues hay en nuestro nombre uno H que los Renaud de Monte-Haubán no han tenido jamás el honor de llevar.

El aficionado que no comprendía en qué sitio de su nombre el capitán Monte-Haubán colocaba la H, ensayó vanamente pronunciar Monte-Haubán poniendo la H antes de la M; pero después de vanos esfuerzos, renunció á ello,

se persuadió que había entendido mal, y que era á su blason y no á su nombre á quien debía hacer el honor de esta arma y no de esta letra.

Entonces sacando de su bolsillo una tarjeta, la entregó al capitán, diciéndole:

— Capitán, estoy en mi casa todos los lunes, miércoles y viernes de tres á cinco de la tarde. Á las cinco como, y si queréis hacerme el honor de aceptar mi modesta comida, tengo una mujer que es apasionada de los combates marítimos, y á la que podréis proporcionar un gran placer relatándole alguno de los vuestros.

— Con mucho gusto, caballero, dijo el capitán guardando la tarjeta. Los combates creo que sólo se han hecho para ser contados. Esta al menos es mi opinión.

— Cierto, ciertísimo, dijo el aficionado saludando y retirándose.

Este aficionado, conquistado por el capitán, comenzó de nuevo sus exclamaciones delante de cada cuadro, y conquistó otros dos ó tres como á él le había conquistado, por la precisión de sus juicios y por su apasionado entusiasmo por la sencillez en la pintura.

Al cabo de dos horas era la admiración general de todos los concurrentes, y seguíanle en todas las curvas que describía en el taller; oíanle con la atención y recogimiento propios de los escolares estudiosos, cuando escuchan á un profesor célebre.

Duró esta escena hasta las cinco, hora á la que, como ya hemos dicho, se retiraron todos los que habían acudido á ver la almoneda.

En el instante en que el criado de Petrus abrió la puerta para anunciar que era ya hora de marcharse, el capitán acababa de volver un cuadro que estaba contra la pared, y

que por su posición indicaba no estar destinado á venderse como los demás.

En efecto, este cuadro era un bosquejo del *Combate de la Bella Teresa con la Calipso*, el cual había Petrus trasladado al lienzo según la animada relación que su padre le hiciera de este suceso.

Apenas vió este cuadro el capitán Pedro Berthaut, lanzó gritos de admiración que detuvieron en el umbral de la puerta á los que se marchaban ya.

— ¡Pardiez! ¡esto es increíble!

Á pesar de la advertencia del criado, los curiosos se agruparon en torno del capitán.

— ¡Qué hay, caballero! preguntaron varios de entre ellos.

— ¡Oh! ¡señores! exclamó el capitán, enjugándose los ojos, perdonad mi emoción; pero al ver representado tan fielmente uno de los primeros combates en que tomé parte, y parte gloriosa, puedo decirlo sin avergonzarme, se me han saltado las lágrimas.

— Llorad, capitán, llorad, dijeron los curiosos.

— Un solo hombre, añadió el capitán, hubiera podido pintar con tan extraordinaria fidelidad el *Combate de La Calipso con La Bella Teresa*, y este hombre en su vida ha manejado un pincel.

— Pero en fin, preguntó el auditorio, cuya curiosidad se había despertado con este dramático episodio, ¿quién es ese hombre?

— El capitán que mandaba *La Bella Teresa*.

— Y vos, ¿sois el capitán de *La Bella Teresa*?

— No, no era yo, contestó Monte-Haubán, con un gesto imperioso; era mi fiel amigo el capitán Herbel. Ay, ¿qué habrá sido de él desde que nos separamos en Rochefort,

después de haber tratado vanamente de salvar al emperador, quiero decir, á Napoleón Bonaparte?

— ¡ Oh ! no temáis, decid al emperador, exclamaron los más atrevidos entre los oyentes

— Pues bien, sí, al emperador, exclamó el capitán ; porque, al fin, por más que disputéis este título, lo ha llevado, y con gloria, ¡ pardiez ! Perdonad á un antiguo servidor suyo este entusiasmo, acaso un tanto irreflexivo.

— Sí, sí, dijeron varias voces.

— ¿ Y el capitán Herbel ? exclamaron otros.

— Dios sabe lo que habrá sido de ese pobre anciano, continuó el capitán alzando los ojos al cielo.

— Caballero, dijo el criado á quien esta escena impedía despedir á los curiosos, hoy no sé dónde está el capitán Herbel, pero sí sé que hace ocho días estuvo aquí.

— ¡ El capitán Herbel aquí ! exclamó con voz de trueno Pedro Berthaut.

— Él mismo respondió el criado.

— ¿ Y no sabéis ahora dónde se halla ?

— No, pero...

— ¡ Acabad con mil diablos !

— Es decir... está...

— Acabad...

— Creo que está en Saint-Malo.

— ¡ Voy á verle !... exclamó el capitán dirigiéndose hacia la puerta seguido de la turba de curiosos.

Pero deteniéndose de pronto exclamó :

— ¿ No me engañáis cuando decís que habéis visto aquí al capitán ?

— No, señor.

— ¿ Conque aquí ?

— Ayer mismo.

— En este sitio.

— En este taller.

— ¿ Estáis seguro de lo que decís ?

— Y tan seguro : como que yo...

— ¿ Vos que ?...

— Que fué quien le hizo subir, ó más bien él fué quien á mi me hizo bajar.

— ¿ Y por qué ?

— Porque no le quise dejar subir.

— ¿ Y á qué venia mi amigo al taller de un pintor ?

— ¡ Toma ! ¿ por qué había de ser ? Nada más sencillo.

— No entiendo...

— Porque ese pintor es...

— ¿ Quién es ?

— ¡ Su hijo !

— ¡ Qué ! exclamó el capitán dando dos pasos, ¿ el célebre pintor Petrus es hijo del ilustre capitán Herbel ?

— Sí, señor, su propio hijo, y sobrino por añadidura del general de Courtenay.

— Bueno, bueno : yo soy marino y no conozco á los generales de tierra, mucho menos cuando éstos han ganado la faja en el ejército de Condé.

Pero recobrándose en seguida, añadió :

— Perdonad, señores, si mi brusca franqueza puede herir alguna susceptibilidad, pero desde ahora protesto que no es mi intención herir á nadie.

— No, capitán, no ; descuidad : desde ahora podéis hablar como gustéis, seguro de que á nadie ofenden vuestras palabras.

— Pero entonces, continuó el capitán cuyo rostro se inundó de alegría, si el joven Petrus es hijo de mi amigo Herbel...

— Entonces, ¿ qué?... preguntaron con gran curiosidad algunos.

— Haced que venga ese joven, dijo bruscamente el capitán al criado.

— Perdonad, contestó éste; pero el señorito no recibe a nadie...

El rostro del marino se descompuso, y los músculos de su cara se movieron imitando el movimiento de las olas.

— ¿ Por quién me tomáis á mi? ¿ Creéis que soy un cualquiera, bribón? exclamó el capitán adelantándose hacia el criado como si tratase de cogerlo por el cuello.

El criado se acordó de la entrada del capitán Herbel en casa de su hijo, y no teniendo razón ninguna para creer que el capitán Monte-Haubán tuviese mejor carácter que su compadre, suplicó políticamente á los curiosos que se marchasen, á fin de que el capitán pudiera satisfacer el vehemente deseo que tenia de hablar con su amo.

Con gran pesar suyo los curiosos desocuparon el taller. Hubieran querido disfrutar de la alegría que el capitán iba á experimentar al estrechar en sus brazos al hijo de su antiguo amigo.

Cuando el criado quedó completamente solo con el capitán:

— ¿ Á quién anuncio, caballero? le preguntó.

— Anunciad á uno de los héroes de *la Bella Teresa*, dijo el capitán estirándose.

El criado entró en el cuarto de Petrus.

CAPÍTULO XII.

UN PADRINO DE AMÉRICA.

Cuando se quedó solo, el capitán Berthaut de Monte-Haubán se dejó caer en una butaca, pasó la mano por sus cabellos, se afusó el bigote, y luego cruzando las piernas, quedóse en la apariencia profundamente pensativo hasta el momento en que Petrus, levantando el *portiere*, apareció en el umbral de la puerta que daba á su habitación.

Halló al capitán en la postura que hemos indicado.

La entrada silenciosa de Petrus no fué sin duda observada por el capitán, porque permaneció absorto en la postura de un hombre completamente abstraído.

Petrus le miró un momento, y luego tosió para llamar su atención.

El capitán se estremeció al oír aquella voz, y alzando la cabeza abrió desmesuradamente los ojos como un hombre que se despierta, y miró á Petrus sin levantarse ni moverse de la butaca.

— ¿ Deseáis hablarme, caballero?

— Es la voz, la voz de su padre, exclamó el capitán levantándose y dirigiéndose al joven.

— ¿ Habéis conocido á mi padre? dijo Petrus adelantándose hacia el capitán.

— El modo de andar, el verdadero modo de andar de su padre, exclamó por segunda vez el capitán: ¡ que si he conocido á su padre! ¡ Pardiéz! ¡ pues ya lo creo!